Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, 2007, México, ERA, 242 p.

Una obra maestra en el ámbito literario se distingue –en mi opinión– por el cuidado con que se trabaja el material del que está hecha, esto es, el lenguaje. No importa que se batalle contra él o que se le trate con mimo, en cualquier caso se constata la tensión espiritual a que nos somete dicha relación y es esta tensión la que llamo ‘cuidado del lenguaje’, preocupación por el lenguaje. Las formas que adquiere esta preocupación, si bien no son secundarias, me parece que, en último término, son asimiladas dentro del dinamismo particular que pone en juego la obra: la recreación de la verdad. Una obra maestra, por lo demás, abre puertas.

150 | Pido disculpas si la abstracción de las primeras líneas ha vuelto confusa la lectura. La novela que pretendo reseñar es todo menos abstracta. Sería mejor decir de ella que es simbólica, como lo es también el tránsito hacia la madurez que narra (¿qué tránsito humano en el ámbito de una sociedad, para una sociedad, no lo es?). Real y por ende simbólico. Real en dos sentidos evidentes: en primer lugar porque, efectivamente, la novela de Rafael R. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, relata el proceso de maduración de un niño de trece años en un hombre adulto. En segundo, porque la novela se desarrolla y narra sucesos acerca de un periodo histórico de México muy preciso: la Revolución mexicana (téngase en cuenta, además, que la obra se publicó por primera vez en la época posterior a dicho suceso: Espasa-Calpe, 1942), por lo que, según los parámetros dogmáticos de la crítica literaria, la novela pertenece a lo que se ha denominado “Novelas de la Revolución”, término que de ninguna manera agota la riqueza estética y conceptual de la obra –para nuestra fortuna y para la desdicha de los ortodoxos literarios.

Pero no deberíamos apresurar el juicio al tener conocimiento de dicha información, ya que ninguno de ambos parámetros –‘novela de formación’ y ‘novela de la Revolución’– aportan nada a la comprensión de una obra

como ésta. Sólo baste decir, en referencia a dichas categorías, que la fuerza narrativa de Muñoz demuestra su carácter obsoleto, su caducidad. La novela es mucho más que un trasunto de la Revolución mexicana y que un simple relato de formación. ¿Qué razones sustentan esta afirmación? Entre varias he elegido tres que me parecen de peso suficiente (y al decir peso me refiero, entre otras cosas, a su fuerza poética y a su profundidad emocional) y que señalaré a continuación:

En primer lugar, la complejidad del proceso de crecimiento que viven no sólo Álvaro Abasolo (el niño que se transforma en adulto) sino, a su vez, el otro personaje central de la novela, Marcos Ruiz. Una complejidad que acaso se resume en la pérdida y recuperación de la inocencia, esto es, en la lucha por la libertad. Esta lucha conlleva –y he aquí la sabiduría del autor– momentos de sufrimiento, derrotas inevitables, así como la inextricable, pero enérgica, fidelidad a ciertos principios vitales. Madurar, crecer, es a los ojos de Rafael R. Muñoz un proceso en el que se mezclan el azar y la voluntad, la confusión y la claridad, el valor y la cobardía, el desprecio y la fraternidad, y asumir todo ello, asumir en último término la propia falibilidad humana, es una prueba que habrá de enfrentar en algún momento de la vida. Cuando Abasolo se pregunta “¿a qué distancia [está] entre la vida y la muerte?” (p. 75) o cuando Marcos Ruiz experimenta la desesperación total en que consiste toda guerra (p. 236), no significa más que contemplar el abismo que sostiene la vida y sobre ese abismo tomar una decisión.

En segundo lugar, quisiera señalar el tratamiento que el autor otorga al tema de la guerra, i. e., de la violencia. Estoy seguro que son pocos los artistas que, al querer narrar un suceso de semejante trascendencia para la sociedad y el individuo, no optan por exaltar o denostar arbitraria y sentimentalmente uno de sus aspectos. Rectifico, no son artistas aquellos que así procedan, sino más bien propagandistas. Y nos sobran –en todas las épocas han sobrado– los propagandistas. Por fortuna, existen unos cuantos que intentan ver a los ojos la violencia frenética y delicada, evidente y subterránea, que dispara la guerra, cualquier guerra. Y verla a los ojos implica –en mi opinión– poner entre paréntesis los juicios moralistas para que el carácter de la violencia –y recuérdese, la violencia es uno de nuestros atributos, no existe la violencia en la naturaleza– aparezca en toda su crudeza y rotundidad. No me parece gratuito que en los momentos narrados en que ésta se manifiesta, lo haga de modo velado, silencioso, como un suceso ‘natural’, un ‘hecho’ que a nadie debiera inquietar y que, en suma, a nadie sorprende ya. Cuando esto sucede, cuando

podemos matarnos y ver matar sin más sobresalto que la molestia de saltar el cadáver o tener que utilizar la fuerza, es momento de detenernos a pensar en la corrupción a que nos hemos expuesto, que alimentamos y de la que –probablemente– ya no sabemos escapar. Rafael R. Muñoz tuvo el valor de detenerse a contemplar ese horror y de exponerlo con franqueza.

Finalmente, deseo destacar el paisajismo narrativo que se despliega a lo largo de toda la novela. Ignoro si existen estudios o siquiera reflexiones acerca del ‘talento’ –¿o será una necesidad metafísica?– mexicano para el dibujo de paisajes, pero creo irrefutable esa inclinación, pues no sólo contamos con excelentes pintores del género (José María Velasco o el Dr. Atl entre otros), sino que muchos han sido los escritores capaces de plasmar con la misma facilidad plástica paisajes tan nuestros como el Valle de México (insuperable aún Alfonso Reyes y sus visiones). En cuanto al autor que ahora nos ocupa, este talento se despliega de forma sorprendente hasta el grado de que considero a la naturaleza –al paisaje dialogante– el tercer personaje central de la novela. Sin él, la novela carecería de gran parte de su belleza y elocuencia, pues el paisaje se convierte no sólo en el espejo en el que se reflejan las emociones de Abasolo, sino en la ‘persona’ con la que aquél platica, que lo confronta, que le escatima o descubre su identidad y que, finalmente, lo introduce en sus misterios. Uno de los capítulos más hermosos –difícil elección sin duda– es aquel que lleva el título de “Amanecer” y que cifra en la contemplación del mundo, en el conocimiento de los objetos naturales, el proceso mismo de maduración, el amanecer de la conciencia humana.

La preocupación por el lenguaje de la que hablé al principio de estas líneas se expresa por medio de los tres valores que atribuyo a la novela de Rafael R. Muñoz. La novela no se agota aquí y debemos estar agradecidos por ello. Dije, además, que una obra maestra abre puertas: es una invitación. Ahora creo comprender que la resistencia temporal característica de cualquier obra de arte consiste, en parte, en su poder seductor, es decir, en las puertas que abre en el corazón del hombre.

JUAN CARLOS GORDILLO
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM